

EPISTEMOLOGÍA Y VIOLENCIA
APROXIMACIÓN A UNA VISIÓN INTEGRAL SOBRE LA VIOLENCIA HACIA
LAS MUJERES¹

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS

Fundación Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza

Resumen

La violencia, según Johan Galtung, tiene diversos rostros: la violencia directa, la cultural y la estructural. Mediante un modelo triangular, Galtung explica cómo todas estas violencias interaccionan y se realimentan entre sí. La violencia estructural y la violencia cultural, además de ser violencias, reproducen la violencia, al reproducirse a sí mismas y constituir la base de la violencia directa.

Las epistemologías feministas han desvelado y criticado los supuestos de un conocimiento sesgado, que convierte en invisibles algunos hechos: a saber, la violencia de género, y la herencia cultural e histórica de las mujeres. Apoyado en las críticas epistemológicas feministas, y como punto de partida, el artículo expone las relaciones entre los tres tipos de violencia, que conforman la base compleja que produce y reproduce la violencia hacia las mujeres. En particular, plantea el problema de la identidad, y sus implicaciones en el enfoque integral sobre la violencia, apuntando las posibilidades de apertura que proporciona el pensamiento de Chantal Mouffe.

Abstract

Johan Galtung's 1996 triangular model of violence is applied to the case of gender violence in order to discuss the interactions among the three types of violence (direct, structural and cultural) that are established by the model.

Feminist epistemologies give an appropriate framework to analyse the assumptions and process to build a gender-biased view of the world. This paper takes feminist epistemologies as a point of departure to criticize the invisibility of some facts, namely gender violence and women's cultural and historical heritage. The paper also argues that the way of thinking on

¹ Publicado en *Feminismo/s*, 6, Universidad de Alicante, diciembre 2005, pp. 33-47

gender identity is a very clue of gender cultural violence, particularly symbolic violence. Some concepts elaborated by Chantal Mouffe could help to open more fruitful approaches.

1. Normalidad patológica, visibilidad y epistemología

La raíz más perniciosa de toda violencia es aquella que está arraigada en supuestos que la convierten en invisible. Son supuestos que diluyen las manifestaciones de la violencia en el entramado de lo normalizado en una cultura. Esta *normalidad* conforma las mentalidades y las reproduce, haciendo visibles unos hechos e impidiendo ver otros. Una normalidad que invisibiliza la violencia no puede ser catalogada de sana sino de patológica. El apelativo de normal puede aplicarse por su amplitud estadística: el hacer de muchos construye norma; el de patológica lo merece si el resultado es la muerte o el maltrato cotidiano. Aunque es la denominación más acorde con la situación actual, normalidad patológica es un contrasentido, y lo es en su expresión profunda, porque una conducta patológica en la convivencia no habría de formar parte de las condiciones de normalidad².

La violencia hacia las mujeres ha sido, y sigue siendo en gran medida, un tipo de violencia que no era considerada como tal, invisible por tanto. La muerte de tantas mujeres a manos de su marido, amante o compañero; el maltrato, la descalificación, la cercenación de su libertad o de sus derechos, la subordinación de sus capacidades como ser humano y muchas otras restricciones, han sido parte de una normalidad que merece ser considerada patológica. En los últimos años, en este país, se están dando pasos para que el provocador título de un libro, *Mi marido me pega lo normal*³, no sólo deje de ser una frase pronunciable sino ni tan siquiera pensable.

Pese a lo arraigada que está la idea de que los hechos están ahí para ser percibidos, ya sea a simple vista, ya a través de aparatos diversos de medida, esto no sucede ni tan siquiera en las ciencias que tratan de comprender y explicar los fenómenos físicos, pues ya desde Hanson sabemos que la observación está cargada de teoría⁴. Un razonamiento ya clásico es partir de la noción kuhniana de paradigma. Un paradigma o modelo es una visión del mundo

² Sobre esta *normalidad* véase LORENTE ACOSTA, Miguel: “Lo normal de lo anormal: raíces y frutos de la violencia contra las mujeres”, en Fundación Seminario de Investigación para la Paz (ed.) *Pacificar violencias cotidianas*, Zaragoza, Departamento de Cultura, Gobierno de Aragón, 2003, pp.169-192. Sobre *normalidad patológica*, MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: “Compartir el cuidado, compartir la autoridad: hacia una cultura del respeto entre hombres y mujeres”, en Fundación Seminario de Investigación para la Paz (ed.) *Pacificar violencias cotidianas*, Zaragoza, Departamento de Cultura, Gobierno de Aragón, 2003, pp. 243-272.

³ LORENTE ACOSTA, Miguel: *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: realidades y mitos*. Barcelona, Ares y Mares, 2001.

⁴ HANSON, N. R.: *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación*, Madrid, Alianza, 1977.

que contiene elementos básicos de creencia de lo que es la realidad y que constituye un marco general que estructura la mirada, las observaciones, permitiendo ver unas cosas y no otras. Kuhn puso de manifiesto que las aportaciones verdaderamente revolucionarias en la ciencia fueron el resultado de un cambio de paradigma, de un cambio en las formas de ver la realidad. Al situarse en un nuevo paradigma, los científicos fueron capaces de ver nuevos hechos y nuevas relaciones entre ellos, que aunque estaban ahí no eran visibles desde el antiguo paradigma.

El paradigma que ha de cuestionarse para hacer visibles las dimensiones de la violencia contra las mujeres es aquel que legitima la desigual situación, la subordinación y la inexistencia simbólica de las mujeres.

El paradigma de subordinación fue puesto en cuestión por voces individuales en la historia, entre otras, por Mary Woollstonecraft en su *Reivindicación de los derechos de la mujer*⁵, por Poulain de la Barre, cuando afirmó que la mente no tiene sexo⁶ o por Virginia Woolf cuando vislumbró y alentó la opción de las mujeres de desarrollar una práctica y un pensamiento propios⁷. También por otras pensadoras y pensadores que se situaron simbólicamente fuera del paradigma dominante.

El movimiento de mujeres ha ido paralelo a la emergencia de un saber sobre el mundo, de un conocer, que sólo ha sido posible cuando ellas se han constituido en sujetos del conocimiento. Epistemólogas feministas⁸ han puesto de manifiesto que el conocimiento que crece impulsado por un movimiento social, en este caso el feminismo, da como resultado un conocimiento menos sesgado que el supuestamente neutro. Han criticado la noción de sujeto universal, por no ser tal sino masculino; han mostrado que todo conocimiento es situado y que nace de la experiencia de un sujeto colectivo. Partir de la vida de las mujeres, ha permitido establecer nuevos hechos, desvelar sesgos en las teorías dominantes y proporcionar visiones diferentes de la realidad social y física. Estas bases han permitido sacar a la luz realidades antes no percibidas: la violencia contra las mujeres ha dejado de ser invisible cuando éstas han peleado por hacerla visible.

⁵ WOOLLSTONECRAFT, Mary: *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, edición de Isabel Burdiel, col. Feminismos, nº 18, 1996.

⁶DE LA BARRE, Poulain: *De L'Egalité des deux sexes, Discourse physique et moral our l'on voit l'importance de se défaire des préjugés*, 1673. Existe una edición de la Universidad de Valencia, 1993.

⁷ WOOLF, Virginia: *Tres Guineas*, Barcelona, Lumen, 1977.

⁸ Sandra HARDING, Nancy HARSTOCK y Donna HARAWAY entre otras. Una aproximación a sus planteamientos puede verse en MAGALLÓN, Carmen: *Pioneras españolas en las ciencias*, Madrid, CSIC, 2004, 2ª ed. , pp. 36-61.

Es importante destacar esta relación entre movimientos sociales y epistemología. La crítica de las bases sobre las que se apoya el conocimiento, la crítica epistemológica, ha surgido con fuerza desde los grupos sociales excluidos, aquellos que no han sido tomados en consideración por el saber instituido, cuya experiencia no ha contado en la historia. En el Foro Social Mundial (FSM) de Porto Alegre, espacio de encuentro, intercambio y coordinación de movimientos sociales en iniciativas a favor de la instauración de otro orden mundial, Boaventura de Sousa Santos ha dicho que las prácticas del FSM muestran otro tipo de realidad alternativa en la que se hacen visibles sujetos y fenómenos que la dinámica social hegemónica produce como *no existentes* y que no hay justicia social global sin justicia cognitiva global. El FSM, a su entender, da a luz y crece en una epistemología que ha llamado del Sur⁹.

Movimiento social, feminismo, y validación de un saber nuevo, no recogido en la visión tradicional del conocimiento, se dan la mano. Lo que está en juego, en definitiva, es el debate sobre la realidad misma, y es esta pugna por la realidad, cuyos términos están abocados a ser objeto de negociación, la que convierte la epistemología en una pieza clave.

Existe una lógica que sustenta el orden de la violencia¹⁰ y es preciso confrontarse con ella: en el caso de la violencia contra las mujeres, hay que perseguir y castigar a los culpables. Pero, al mismo tiempo, hay que modificar la mentalidad social y los modelos identitarios que sustentan el mantenimiento de esta violencia. Para lo que hay que situarse en otro orden, razonar con otra lógica, pensar desde otro marco, y promover nuevos modelos identitarios y de relación entre hombres y mujeres.

2. Las dimensiones de la violencia

Para la elaboración de una teoría integral sobre la violencia contra las mujeres, podemos apoyarnos en las teorizaciones de Johan Galtung¹¹ sobre la violencia. Este investigador sueco, pionero en los estudios sobre paz y conflictos, plantea un modelo triangular para esquematizar las relaciones entre los tres tipos de violencia (situados en los vértices) que engloban, a su entender, el conjunto de violencias: la violencia directa, la violencia estructural y la violencia cultural. Galtung conceptualiza la violencia como:

“afrentas evitables a las necesidades humanas básicas, y más globalmente contra la vida, que rebajan el nivel real de la satisfacción de las necesidades por debajo de lo que es potencialmente posible. Las amenazas de violencia son también violencia (...) Las cuatro clases de necesidades básicas -resultado

⁹ DE SOUSA SANTOS, Boaventura, *O Fórum Social Mundial. Manual de uso*, Sao Paulo, Cortez editora, 2005.

¹⁰ GRAU, Elena; IBÁÑEZ, Violeta y RIBERA, Isabel: “Hacer la paz: política y relaciones civilizadoras”, en Fundación SIP (ed.): *Propuestas para una agenda de paz*, en prensa.

¹¹ GALTUNG, Johan: *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización* (Trad. Teresa Toda), Bilbao, Bakeaz, 2003.

de exhaustivos diálogos en muchas partes del mundo- son: *necesidades de supervivencia* (negación: muerte, mortalidad); *necesidad de bienestar* (negación: sufrimiento, falta de salud); *identidad, necesidad de representación* (negación: alienación); y *necesidad de libertad* (negación: represión)¹².

La existencia de una violencia directa contra las mujeres es bien patente¹³: se materializa en hechos que van en contra de las necesidades básicas, tal como las contempla este modelo: contra la necesidad de supervivencia, la muerte de tantas mujeres; contra la necesidad de bienestar, el maltrato, el desprecio, la descalificación, el acoso; contra la necesidad de una identidad, la alienación identitaria por imposición de un modelo estereotipado o por reducción al varón, y en cualquier caso con consideración de ciudadanía de segunda; y contra las necesidades de libertad, la negación de derechos y la disminución de opciones vitales. Si la violencia directa suele ser un acontecimiento eventual, para muchas mujeres es un hecho cotidiano, una forma de vida en la que están inmersas hasta que logran escapar de ella.

La violencia estructural es un proceso coyuntural, según Galtung, en cuyo centro se halla la explotación. En el caso de las mujeres la refleja mejor el concepto de dominación, algo que va más allá de lo económico. Se trata de una violencia derivada del lugar que ellas ocupan en el orden económico y de poder hegemónicos. El que la estructura de la propiedad y de los salarios sea desigual, cobrando menos las mujeres por trabajos iguales a los de los hombres, que la pobreza en el mundo tenga rostro de mujer –la feminización de la pobreza-, es violencia estructural contra ellas. También lo es el que el poder con mayúsculas, responsable de la toma de decisiones importantes que atañen a las vidas de hombres y mujeres, esté sesgado a favor de los hombres. Ellos son quienes ocupan los cargos importantes, las presidencias de los gobiernos, las jefaturas de las iglesias, los puestos dirigentes de la mayoría de las instituciones y corporaciones. También es violencia estructural, por lo que tiene de incremento de pobreza y de carga de trabajo añadida, el que la mayoría de las familias monoparentales, con hijos pequeños o mayores dependientes, caiga bajo la responsabilidad única de una mujer.

La división sexual del trabajo está también en la base de una violencia estructural. No sólo por la existencia de una doble jornada material sino por la extracción de una plusvalía de carácter afectivo, que además no es reconocida. Retomo aquí al respecto lo publicado hace años en la revista *En pie de paz*:

¹² *Ibíd.* p. 262.

¹³ Hoy mismo, 4 de julio de 2005, mientras termino de escribir este artículo oigo en las noticias que una mujer más ha muerto a manos de su marido. Se trata de la víctima que hace el número 30 y el hecho ha sucedido en la ciudad en que vivo: Zaragoza.

“Ayer y hoy las mujeres han ofrecido su tiempo para que otros, ellos, se sientan bien. Han sido las escuchadoras, las sanadoras, las repartidoras de equilibrio, las cuidadoras por excelencia. De este modo ellos han podido realizarse profesionalmente: viajar, dar conferencias, trabajar en el campo o en la política de sol a sol, escribir libros, llegar a ser célebres, todo sin que les recuerde la conciencia o se cierna sobre ellos la mínima duda en torno a las posibles lagunas que pueda acarrear esta su dedicación en exclusiva, o incluso respecto a la legitimidad de su proceso de desarrollo personal (...) Es un tópico decir que detrás de un hombre importante siempre hay una mujer oscura que le apoya. No es tan tópico indagar los costes para las mujeres. Los varones les están extrayendo una *plusvalía afectiva* que les permite obtener una serie de ventajas de poder y autorrealización”¹⁴.

Finalmente, la violencia cultural es simbólica y persistente en el tiempo. Siempre según Galtung, anida “en la religión y la ideología, en el lenguaje y el arte, en la ciencia y en el derecho, en los medios de comunicación y en la educación”¹⁵. Su función es legitimar las otras violencias, la directa y la estructural. La violencia simbólica en contra de las mujeres se halla en la mayoría de las creencias religiosas en las que la deidad es masculina, en las ideas sobre la *naturaleza* de la mujer elaboradas por la filosofía y la ciencia, que la han situado en niveles más cercanos a los animales –la Naturaleza- que al ser humano racional¹⁶; en la literatura y el arte, en las que predominan las obras en las que la mujer es objeto de la mirada, en vez de sujeto creativo y autónomo.

Lo importante del modelo triangular de Galtung es que facilita la comprensión de los flujos causales que se establecen entre los tres tipos de violencia. Estos flujos circulan en todas las direcciones, ya que la violencia se origina en cualquiera de los vértices, pero el principal es el que va de la violencia cultural a la violencia directa pasando por la estructural. La desvalorización simbólica de la mujer (violencia cultural) la abocó históricamente a un estatus de subordinación y exclusión institucional (violencia estructural), y esta marginación y carencia de poder favoreció su conversión en objeto de abuso físico (violencia directa).

3. La desarticulación de los flujos de violencia

Eva Espinar ha investigado qué consecuencias de empobrecimiento (violencia estructural) están ligadas al maltrato (violencia directa). Utilizando un concepto de pobreza ligado al enfoque crítico de Amartya Sen y su revisión de la noción de necesidades humanas, concluye que además del empobrecimiento que supone el deterioro de salud física y

¹⁴ MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: “La plusvalía afectiva o la necesidad de que los varones cambien”. *En Pie de Paz*, nº 17, Barcelona, 1991, p.10.

¹⁵ GALTUNG, Johan: Op. Cit., p. 20.

¹⁶ SCHIEBINGER, Londa: *Nature's Body. Gender in the Making of Modern Science*. Boston, Beacon Press, 1993.

psicológica, las mujeres maltratadas sufren un empobrecimiento material durante la relación en la que apenas son dueñas de nada, un empobrecimiento que se agrava con la ruptura, ya que entonces “la mujer prácticamente ha de empezar desde cero: cambio de residencia, asunción de las cargas familiares, mal estado de salud, paro, etc.”¹⁷. Esta situación de desamparo ha llevado a muchas mujeres a sobrellevar en silencio el peso del maltrato.

En España está reciente la aprobación de una Ley integral contra la violencia de género¹⁸, que contempla una serie de medidas encaminadas fundamentalmente a proteger a las víctimas y castigar a los culpables. Es sin duda un paso importante en el camino de su eliminación. No obstante, si damos crédito al modelo de flujos de violencia antes mencionado, habremos de concluir que no basta con actuar sobre la violencia directa y estructural, ya que estas violencias volverán a reproducirse si no se elimina la violencia cultural de carácter simbólico.

El enunciado de leyes de igualdad entre los sexos, siendo un paso fundamental y necesario, no es suficiente. Pese a que la igualdad formal de hombres y mujeres ante la ley es en nuestra sociedad un hecho y un derecho inalienables, estamos comprobando, en el día a día, cómo el reconocimiento formal no lleva consigo su puesta en práctica real.

Las leyes son necesarias para regular la convivencia y también actúan sobre las conductas pero, en un momento histórico dado, no son sólo las leyes las que acotan la acción humana. El peso del pasado es demasiado poderoso como para ser eliminado de un día para otro. En particular, el lugar simbólico de la mujer y el hombre echa raíces en capas profundas de la cultura que nos conforma y que han sido y siguen siendo alimentadas por las creencias, la literatura, el arte, la filosofía, la ciencia, los relatos históricos, las costumbres y tradiciones. Al tratarse de comportamientos y modelos arraigados en la mentalidad, su desvelamiento y superación necesita un debate social y cultural más amplio y profundo.

La desigualdad se plasma también en cómo se conciben y estructuran las instituciones, construidas y definidas a la medida del varón arquetípico antes mencionado. Podemos preguntarnos por el lugar real que ocupa el legado de las mujeres en la esfera pública, incluyendo los propios hábitos de ser y de razonar de los hombres del siglo XXI, preguntarnos si la presencia femenina se ha hecho significativa, es decir existente, en la esfera pública.

¹⁷ ESPINAR, Eva: “Conclusiones” de su tesis *Violencia de género y procesos de empobrecimiento*, dirigida por José María Tortosa Blanco y leída en la Universidad de Alicante en julio de 2003.

¹⁸ Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de *Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género*, BOE nº 313, 29 de diciembre 2004, pp. 42166- 42197.

El hombre que maltrata trata de dominar y doblegar a la mujer, controlando su vida y su voluntad, hasta llegar al extremo de eliminarla físicamente cuando no consigue lo que se propone. Este ejercicio cotidiano de poder está mostrando una mentalidad discriminatoria que da pie a una relación viciada: el varón que maltrata no reconoce en la mujer a un ser humano igual.

Por eso, pese a lo que pudiera parecer, hacer hincapié en la igualdad es una tarea que todavía nos concierne. Y sobre la que hay que seguir debatiendo pues no existe un acuerdo generalizado acerca de lo que esta igualdad ha de significar en la práctica. Es preocupante que los materiales para construir esa igualdad provengan fundamentalmente de los viejos esquemas masculinos, basados en la tradición del hombre blanco, occidental y de clase media. Ese concepto de igualdad sigue dejando en la invisibilidad la diversidad y la autoridad de la experiencia femenina histórica, y se muestra incapaz de eliminar la desconsideración social hacia las mujeres, embebida en las capas más hondas de la cultura.

¿Cómo puede erradicarse el desprecio por las mujeres si no se concede valor social a lo que han hecho en el pasado y a lo que hacen en el presente? Siempre he pensado que sacar a la luz los logros y experiencia de las mujeres, por ejemplo sus aportaciones a la ciencia¹⁹, contribuye a la construcción de una cultura de paz; que la emergencia social de la sabiduría de las mujeres, menos conocida y reconocida que la de los varones, puede colaborar a un cambio, aportando significados nuevos a la cultura y proporcionando raíces para una igualdad más profunda, capaz de ayudar a la erradicación de la violencia de género. Si queremos una verdadera igualdad entre hombres y mujeres, habrá que poner en plano de igualdad la experiencia histórica de ambos sexos y utilizar de algún modo los ladrillos –la experiencia– que ellas acumularon a lo largo de la historia, para la construcción del legado universal del conjunto humano.

En la insistencia por alcanzar una auténtica igualdad quisiera añadir un matiz, y es que ésta no puede darse, sin un reconocimiento de autoridad en el otro. La igualdad a que hago referencia supone el reconocimiento de la mujer como miembro de la comunidad, de pleno derecho, con todo lo que eso significa, incluida su diferencia. Esto tiene que ver con la puesta en cuestión de que el varón sea la medida de la igualdad, la norma. Una norma que emana de una sola parte, en este caso de uno de los sexos, siendo parcial se totaliza y, de este modo, anula a la otra parte. La norma común ha de construirse desde la doble experiencia y ha de modificar a ambos sexos. No hay reconocimiento de autoridad si no se hace visible la

¹⁹ MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: *Pioneras españolas en las ciencias*. Madrid, CSIC, 2004, 2ª ed.

diversidad y los logros históricos de las mujeres en los lugares culturales donde éstos se dieron. En el cuidado de los demás, sí, pero también en la ciencia, en el pensamiento, en el arte, en todo resquicio de la cultura convivida. Aunque las mujeres se hayan abierto paso en las profesiones, en las instituciones, en la medida en que su presencia no modifique la norma de igualdad, modificando también al varón, seguirán sin tener un lugar de referencia simbólica.

El recorrido civilizatorio de las mujeres, con sus aportaciones a los campos específicos de la cultura y -a la vez- el trabajo de sostenimiento de la vida como central, aporta aspectos sustanciales para una noción de humanidad más evolucionada y civilizada. Es este modelo de compatibilización el que cobra importancia para una cultura de paz, una cultura en la que la vida humana, y no los intereses económicos; el cuidado del otro -y no la agresión y la dominación- estén en el centro.

Para este cambio no podemos quedarnos con una visión de las mujeres como víctimas. La imagen de las mujeres como víctimas es paralizante y no hace justicia a la diversidad, riqueza, empuje y protagonismo de los grupos de mujeres que tratan de mejorar el mundo en el que vivimos. Incluso en el maltrato, las mujeres no sólo son víctimas. Las mujeres hacen tiempo que sin negar a las víctimas, nos hemos situado más allá del paradigma de la víctima. Las mujeres son protagonistas de la supervivencia en muchas partes del planeta: defendiendo la calidad de la educación, o de los alimentos, los servicios en los barrios, la capa de ozono o el mantenimiento de los bosques. Esta sabiduría para la supervivencia es la que se ha expresado también en otros campos de la cultura, a lo largo de la historia. Y es la que ha de ponerse en circulación social para contribuir a una socialización diferente de ambos sexos.

4. La cuestión de la identidad

Un aspecto clave de la violencia simbólica, que sufren hombres y mujeres tiene que ver con la identidad. La cuestión de la identidad, en esta sociedad global que tiende a la homogeneización y el desarraigo, ha pasado a convertirse en uno de los núcleos duros de la conflictividad. La identidad responde a una necesidad muy potente de pertenencia, como seres sociales que somos; se construye pareciéndonos a unos y diferenciándonos de otros, enfatiza las similitudes dentro del grupo y las diferencias con los demás, por lo que lleva en sí una potencialidad de cierre y confrontación. En el caso de los sexos, la literatura especializada habla de una mayor obsesión y dificultad en el logro de una identidad masculina que en el de una identidad femenina. La confusión de los sexos, la indiferenciación sexual pesa como una

amenaza sobre el sentimiento de identidad de ambos, aunque etnólogos y psicoanalistas coinciden en afirmar que esta fuente de angustia pesa más en el niño que en la niña, que los varones han de luchar más duramente que las mujeres para diferenciarse del otro y adquirir psicológicamente su sentimiento de identidad sexual²⁰.

Como un legado histórico de las relaciones de dominación establecidas entre los sexos, la violencia identitaria que sufren hombres y mujeres es de doble cara porque se expresa tanto en la asignación de una identidad regida por esquemas estereotipados que constriñen la libertad y opciones vitales de ambos, como negando toda referencia identitaria. Ésta última negación afecta a las mujeres de un modo específico ya que la tendencia actual en los países occidentales es a reducir su identidad a la del hombre.

4.1. Identidades masculinas

Myriam Miedzian²¹ mantiene que hombres y mujeres siguen anclados en papeles sociales estereotipados que se refuerzan entre sí y desde los que se construye la identificación entre masculinidad y violencia, aunque son los niños quienes desde la infancia soportan una mayor presión social hacia una masculinidad expresada a través de conductas agresivas. Finalmente, todos, hombres y mujeres, somos víctimas de unos arquetipos potencialmente destructivos, pero son los valores entronizados por una mística masculina los que juegan un papel nuclear en la eclosión de la violencia criminal y de género, sin olvidar que son estos valores los que configuran la forma de pensar y decidir de la mayoría de los líderes políticos. Miedzian señala como principales valores de esta masculinidad hegemónica que se mantiene insidiosamente: la dureza y la represión de los sentimientos (no llorar, no tener miedo...), el afán de dominio, la represión de la empatía, y esa competitividad extrema que condiciona a los hombres a valorar por encima de todo la victoria y la gloria, y a encerrarse en las dicotomías nosotros/ellos o ganar/perder. De ahí es fácil la deriva hacia el ejercicio de la violencia contra las mujeres, pues alguien que cree

“que los hombres son por naturaleza dominantes y las mujeres sumisas, no sólo se sentirá profundamente herido si su esposa o novia le deja o si ella no se somete a sus deseos, sino que también experimentará su conducta (libre) como una ofensa humillante a su virilidad”²².

El modelo de varón con el que, en última instancia, se sigue midiendo un hombre en momentos duros de su vida, el modelo que en momentos de crisis parece regir, es un

²⁰ BADINTER, Elisabeth: *L'un est l'autre*, Paris, Odile Jacob, 1986.

²¹ MIEDZIAN, Myriam: *Chicos son, hombres serán. Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia*. Madrid, horas y Horas, 1995.

²² *Ibid.*, p. 139.

arquetipo en el que la dureza, el éxito, el ocultamiento de los sentimientos y la competitividad extrema -el ejercicio de la dominación-, forman parte del núcleo duro de su identidad. Es aquel que niega en sí cualquier rasgo femenino; en el que se da la ausencia de capacidades empáticas, de ponerse en el lugar del otro. Se trata de un arquetipo que hace sentirse profundamente herido y humillado al varón ante la libertad de una mujer que dice no, o se marcha de su lado. Es este modelo el que todavía sigue siendo sutil o brutalmente hegemónico, en la socialización de los niños. Aunque existe una evolución de este arquetipo que deviene en diversidad en muchas capas de la población, todavía ellos desde la infancia, tienen que soportar una variedad de presiones sociales, que les empujan a construir y demostrar su masculinidad a través de conductas agresivas adecuadas al modelo.

La identidad del varón crece desde una posición de dominación sobre la mujer que puede llegar a hacerle sentir como amenaza la afirmación de la mujer como ser libre porque esta libertad es vivida como amenaza a su propia identidad de hombre. Como consecuencia, podría decirse que la violencia contra las mujeres es el resultado de una guerra de identidad que libran los hombres consigo mismos.

De ahí el destacar la importancia que posee, para la eliminación de las raíces profundas de la violencia contra las mujeres, la persistencia en la reflexión y el rechazo social de los aspectos más nefastos de ese estereotipo masculino, aquellos que atan a los varones a los comportamientos violentos, en nombre de su rol. Luis Bonino²³ habla de que el rol masculino produce *molestares* y *malestares*, es decir, hace sufrir a otros pero también a uno mismo. Muchos varones padecen problemas personales, emocionales y de relación: aislamiento, depresiones, obsesiones por no dar la talla, desencuentros con las mujeres, adicciones, dificultades sexuales, etc. El sufrimiento es más visible en niños y adolescentes. Las exigencias tan elevadas que exige el estereotipo se presentan como incumplibles, pero a la vez su transgresión es causa de angustia, al ser interpretado como duda de si se es o no un hombre.

Y al mismo tiempo, a la vez que se rechaza el viejo modelo, la oferta de nuevos modelos de identificación para el varón, que favorezcan el cambio de los hombres. Esos modelos también existen ya, porque el mundo es grande y diverso, pero todavía no han desplazado al varón dominante de su puesto hegemónico. Hoy, lo estamos viviendo, muchos hombres de nuestro entorno son sensibles, empáticos, cuidadores y no especialmente agresivos; pero el modelo al que dan vida tiene una menor visibilidad y hegemonía social (en

²³ BONINO, Luis: "Varones, género y salud mental: deconstruyendo la "normalidad" masculina", en Marta Segarra y Angels Carabi (eds.): *Nuevas masculinidades*, Barcelona, Icaria, 2000.

la toma de decisiones políticas, en el cine, en la TV, en las novelas), de modo que nuestros adolescentes siguen alimentándose con los grandes mitos de la fuerza y la dominación masculina. Los nuevos modelos han de hacerse visibles y significativos, para que trasciendan culturalmente.

4.2. Identidades femeninas

La violencia simbólica sobre las mujeres se ejerce negando a su existencia y aportaciones sentido y significado. En este caso, los conceptos claves son invisibilidad y desvalorización. Invisibles como sujeto colectivo y desvalorización como negación de la importancia, para toda la humanidad, de lo realizado por las mujeres a lo largo de los siglos, sobre todo del trabajo de cuidado necesario para el mantenimiento y la reproducción de la vida humana²⁴.

La tendencia a negar la diferencia entre los sexos para evitar que sea convertida en desigualdad, como ha sucedido en la corriente mayoritaria del pensamiento occidental, ha generado este tipo de violencia simbólica. Pero el nudo problemático de la diferencia sexual no se desenreda negándola sino dilucidando en qué es relevante.

Recurramos a las ciencias para poner de manifiesto la importancia que tiene, para algo tan concreto como la salud, el tener en cuenta la diferencia sexual. Historiadoras de la ciencia²⁵ han establecido que el programa de investigación que considera la diferencia sexual en medicina y no es androcéntrico tiene superior capacidad de generar progreso científico por unidad de tiempo que el programa alternativo y convencional de la neutralidad sexual, porque:

“1) resuelve un problema simbólico (rechazo a las desigualdades y/o subordinación entre los sexos); 2) es un programa aplicable en un campo de investigación muy extenso, como es toda la patología médica; 3) es aplicable en todos los niveles asistenciales y por todos sus actores o agentes sanitarios; 4) los resultados negativos son tan valiosos como los positivos, dado que la demostración de la ausencia de diferencias sexuales significativas o de sesgos de género del saber y praxis médica interesa desde el mismo momento de la sospecha de su existencia”²⁶.

5. Violencia simbólica, existencia e identidad libre

²⁴ Teniendo en cuenta la experiencia de las mujeres, Anna Bosch, Cristina Carrasco y Elena Grau (2005, p. 331) han conceptualizado el trabajo en sentido amplio como “la práctica de creación y recreación de la vida y de las relaciones humanas”, tomando las palabras de VVAA (2000).

²⁵ Véanse los trabajos del grupo Genciana, formado por Consuelo Miqueo, María José Barral, Isabel Delgado, Teresa Fernández y Carmen Magallón. Entre otros: M.J. Barral; C. Magallón; C. Miqueo y D. Sánchez (eds.): *Interacciones ciencia y género: discursos y prácticas científicas de mujeres*, Barcelona, Icaria-Antrazyt, 1999 y Miqueo, C.; Barral, M^a J.; Fernández-Turrado, T.; Magallón, C. (Grupo Genciana) “Del análisis crítico a la autoridad femenina en la ciencia”, *Feminismo/s*, n^o 1, Universidad de Alicante, 2003, pp. 195-215.

²⁶ MIQUEO, Consuelo: “Genealogía de los sesgos de género en la ciencia y práctica médica contemporánea”, en J. Martínez Pérez et. al. (coord.) *La medicina ante el nuevo milenio: una perspectiva histórica*, Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 2004, pp. 45-66.

No creo en universos identitarios cerrados. Me parecen un peligro. Pero sí en la necesidad de una comunidad de referencia que de sentido a la experiencia propia, en este caso a la experiencia de las mujeres. Ahí están las reflexiones de Hannah Arendt, cuando dice que la falta de comunidad de pertenencia deja a un ser humano huérfano, sin lugar en el mundo, y que esta carencia ha sido causa de negación de derechos.

“Los refugiados, los apátridas, los encerrados en los campos de exterminio... han podido comprobar que la abstracta desnudez de ser nada más que humanos era su mayor peligro (...). Parece como si un hombre que no fuera más que un hombre hubiera perdido las verdaderas cualidades que hacen posible a otras personas tratarle como a un semejante (...) la privación fundamental en el terreno de los derechos no es la de la libertad, sino la de 'un lugar en el mundo que haga significativas las opiniones y efectivas las acciones' esto es, la privación de una comunidad de pertenencia, de una nación soberana en la que poder vivir como ciudadano el derecho a la diferencia frente a los otros pueblos”²⁷.

Arendt se refiere a una comunidad política, pero su razonamiento es aplicable a las mujeres como sujeto colectivo en el interior de una determinada comunidad política: la falta de una comunidad de referencia, de una voz como sujeto colectivo les ha llevado durante siglos a no tener derechos.

Ahora bien, el derecho a una referencia de grupo, la reivindicación de un significado para el hecho de ser mujer en la sociedad, ¿equivale a la búsqueda de una identidad esencial, a modo de lecho de roca escondido en algún estrato reprimido de nuestro ser?

En la búsqueda de respuesta a esta otras cuestiones similares es donde veo interesante el planteamiento de Chantal Mouffe cuando habla de identidades nómadas y niega la existencia de identidades esencialistas o naturales, ya que la propia noción de nómada alude a la libertad de movimientos, de adscripciones: abre las puertas a la posibilidad de socializar en identidades libres.

Mouffe aplica a las mujeres la idea de que es el exterior, múltiple y contradictorio el que nos constituye. En cualquier instante, seríamos el resultado precario de un mestizaje, de un entrecruzamiento de posiciones de sujeto²⁸ con las que podemos identificarnos, un resultado que es a su vez inestable. La identidad de las mujeres, como cualquier otra, es para ella una identidad nómada sujeta a lo contingente.

“En la medida en que toda objetividad depende de una alteridad ausente, necesariamente se remite a esa alteridad, está contaminada por ella. Esto impide para siempre la seguridad de una identidad que

27 ARENDT, Hannah (1987) *Los orígenes del totalitarismo: Imperialismo*. Madrid, Alianza, p. 435.

28 Para una discusión más amplia sobre el pensamiento de Chantal Mouffe véase: MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: “Identidad y conflicto desde el pensamiento de Chantal Mouffe”, *Riff-Raff. Revista de Pensamiento y Cultura*, nº 27, 2ª época, 2005, pp. 179-199.

pertenezca a uno y a la que uno pertenezca (...) De hecho la identidad se constituye a partir de una multiplicidad de interacciones y esto no ocurre dentro de un espacio cuyos contornos podrían ser delimitados. Muchas investigaciones feministas o inspiradas por la corriente 'postcolonial' han mostrado que se trata siempre de un proceso de 'sobredeterminación' que teje vínculos muy complejos entre muchas formas de identificación y una red compleja de diferencias. Para pensar en la identidad, hay que tener en cuenta a la vez la multiplicidad de los discursos y de las relaciones de poder que la atraviesan y el carácter complejo de complicidad y de resistencia que proporcionan la trama de las prácticas en las que queda implicada esa identidad. En lugar de ver las distintas formas de identidad y de pertenencia como una perspectiva y una experiencia, hay que reconocer allí lo que se juega siempre como una relación de fuerzas"²⁹ (Mouffe, 1996, 9).

Para Mouffe es el exterior el que nos constituye pero lo hace en un juego de tensiones que actúa como un campo de fuerzas. Es sobre esas fuerzas, sobre los discursos sociales, sobre los que se puede incidir. Las mujeres han crecido políticamente como voz precisamente en la rebelión ante ese exterior que las constituye en la sumisión y la inferioridad. Puede decirse que, entre las feministas, hay un acuerdo amplio de rechazo de una identidad impuesta. Al mismo tiempo, sabiendo el peso de lo simbólico, algunas piensan que situarse sólo en el filo desubicador de la negación actúa en la práctica como una estrategia de disolución. No cabe duda que afirmar algo así como 'las mujeres no somos nada pero estamos oprimidas' parece no tener sentido. La reafirmación y la negación de 'las mujeres' es un conflicto vivo. A este respecto, la imagen de un campo de fuerzas usada por Mouffe es muy gráfica y cuadra con las tensiones que rodean este debate. En este caso, pero también en otros se constata que "la existencia social de un grupo se construye siempre en el conflicto (...) 'la identidad cultural' es el escenario y también el objeto de combates políticos"³⁰.

Un ejemplo de esta tensión identitaria múltiple es el que relata Pragna Patel del colectivo South Black Sisters (SBS)³¹.

A lo largo de nuestros veinte años de existencia, hemos intentado sacudirnos las identidades encajadas sobre nosotras por parte de la comunidad, el movimiento anti-racista y por el Estado. Los elementos reaccionarios dentro de nuestra comunidad buscan imponernos una identidad que nos confine en los roles tradicionales de esposas y madres, con el fin de asegurar que los valores religiosos y culturales permanecen intactos y son transmitidos de una generación a otra. Hemos tenido que resistirnos también a los intentos realizados por los movimientos anti-racistas más progresistas de adscribir sobre

²⁹ MOUFFE, Chantal: "Por una política de la identidad nómada", *Debate feminista*, nº 7, Vol. 14, 1996, p.9.

³⁰ *Ibíd.*, p. 10.

³¹ Se trata de un colectivo de mujeres del Sur de Asia, radicado en Southall, Londres, área cosmopolita con predominio de población asiática, en la que están presentes todos los grupos étnicos y religiosos del Subcontinente Indio. Las referencias están extraídas del documento no publicado (¿) de Pragna PATEL, sin fecha, "Difficult Alliances: Treading the Minefield of Identity and Solidarity Politics", que me fue enviado personalmente por Cynthia COCKBURN, autora de *The Space Between Us: Negotiating Gender and National Identities in Conflict*. Londres, Zed Books. (Mi traducción del inglés).

nosotras una identidad negra, en singular. Tales construcciones, algunas veces abiertamente y más a menudo tácitamente, demandan la subyugación de todas las demás identidades en aras de la justicia racial. Esto ha conducido a la negación de otras experiencias e identidades, como las que emergen del género, la casta, la clase y otras divisiones dentro de nuestras comunidades. Añadido a esto, nos hemos encontrado teniendo que resistir a las categorías y estereotipos racistas promovidos por el Estado Británico, cuyo efecto ha sido subordinar la diferencia, denigrar las culturas y religiones minoritarias, y confinarnos en el estatus de ciudadanas de segunda clase (o, en el caso de refugiadas, de tercera)³².

Además de que niegan la libertad individual, estoy también de acuerdo con que defender las identidades esencialistas favorece la aparición de enfrentamientos, que se apoyan en el inmovilismo de toda identidad esencial ligada a “valores morales no negociables” (Mouffe, 1996, 8).

Continúa Pragna:

Nuestra experiencia como mujeres negras pertenecientes a una minoría en Gran Bretaña muestra que las construcciones de la identidad están constantemente en estado de flujo. Están siendo siempre negociadas y renegociadas en los procesos políticos y sociales, aquí y en el extranjero. Por ejemplo, por una parte, la construcción de las identidades religiosas fundamentalistas dentro de las comunidades minoritarias en el Reino Unido ha sido una respuesta al racismo del Estado Británico y a acontecimientos en el país de origen. Por otra, tales construcciones han sido apuntaladas por los imperativos conservadores de mantener los ‘auténticos’ valores religiosos y culturales, percibidos bajo amenaza en el Oeste. Los líderes fundamentalistas religiosos han utilizado las identidades religiosas reencontradas para ganar poder y control sobre los recursos, las comunidades y los territorios locales³³.

En esta tensión, el planteamiento de Mouffe no niega la posibilidad de lograr la unidad de las mujeres, de construir una voz común, ya que las distintas posiciones de sujeto pueden ser articuladas. La negación de un vínculo a priori no tiene por qué transformarse en una separación efectiva. De hecho, no pueden negarse los constantes esfuerzos hechos por las mujeres y tantos otros grupos para establecer vínculos históricos³⁴.

En cualquier caso, abierto el horizonte del conflicto e identificados los nudos que convierten el conflicto en violencia, hemos de continuar, como han escrito Anna Bosch y Elena Grau, indagando el significado de ser diferentes, de que haya dos sexos en el mundo, pues hasta ahora nos hemos limitado, en el mejor de los casos, a pensar en un neutro abarcador -que esconde a uno de los sexos- y en el peor a una definición impuesta y forzada sobre el otro -el eterno femenino, que eterniza la subordinación-. Dos sexos y un mundo en el

32 PATEL, Pragna, Op. Cit., p. 2.

33 *Ibíd.*

34

que la tarea civilizatoria de las mujeres no se ha hecho visible, no se ha hecho mundo común³⁵.

Bibliografía

- BADINTER, Elisabeth: *L'un est l'autre*, Paris, Odile Jacob, 1986.
- BADINTER, Elisabeth: *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza, 1993.
- BONINO, Luis: "Varones, género y salud mental: deconstruyendo la "normalidad" masculina", en Marta Segarra y Angels Carabi (eds.): *Nuevas masculinidades*, Barcelona, Icaria, 2000.
- BOSCH, Anna; CARRASCO, Cristina y GRAU, Elena: "Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo", en Enric Tello, *La historia cuenta. Del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 321-346.
- BOSCH, Anna y GRAU, Elena: "Construyendo un mundo común. La tarea civilizatoria de las mujeres", *En Pie de Paz*, 45, 1997, pp. 45-48.
- DE LA BARRE, Poulain: *De L'Egalité des deux sexes, Discourse physique et moral our l'on voit l'importance de se défaire des préjugés*, 1673. Traducción: *Sobre la igualtat dels dos Sexes*, Valencia, Universidad de Valencia, 1993.
- GALTUNG, Johan: *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización* (Trad. Teresa Toda), Bilbao, Bakeaz, 2003
- GIULIA ADINOLFI, GRUPO (1992) "Construirnos como sujeto, constituirnos en medida del mundo". *Mientras Tanto*, 48, 19-32.
- GRAU, Elena (1998): "Pensar la política desde la diferencia femenina", en Joan Antón Mellón (ed.) *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Madrid, Tecnos.
- GRAU BIOSCA, Elena: "1980-2005, veinticinco años sin Giulia y con Giulia", en *Mientras Tanto*, nº 94, 2005, pp. 39-44.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura, *O Fórum Social Mundial. Manual de uso*, Sao Paulo, Cortez editora, 2005.
- ESPINAR, Eva: "La violencia doméstica como factor de empobrecimiento", en José Mª Tortosa (coord.) *Mujeres pobres, indicadores de empobrecimiento en la España de hoy*, Madrid, Cáritas Española, 2002, pp. 101-125.
- ESPINAR, Eva: *Violencia de género y procesos de empobrecimiento*, tesis dirigida por José María Tortosa Blanco y leída en la Universidad de Alicante en julio de 2003.
- HANSON, N. R.: *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación*. Madrid, Alianza, 1977.
- LORENTE ACOSTA, Miguel: *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: realidades y mitos*. Barcelona, Ares y Mares, 2001.
- LORENTE ACOSTA, Miguel: "Lo normal de lo anormal: raíces y frutos de la violencia contra las mujeres", en Fundación Seminario de Investigación para la Paz (ed.) *Pacificar*

³⁵ BOSCH, Anna y GRAU, Elena: "Construyendo un mundo común. La tarea civilizatoria de las mujeres", *En Pie de Paz*, 45, 1997, pp. 45-48.

- violencias cotidianas*, Zaragoza, Departamento de Cultura, Gobierno de Aragón, 2003, pp.169-192.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: “La plusvalía afectiva o la necesidad de que los varones cambien”. *En Pie de Paz*, nº 17, Barcelona, 1991, p.10.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: “Compartir el cuidado, compartir la autoridad: hacia una cultura del respeto entre hombres y mujeres”, en Fundación Seminario de Investigación para la Paz (ed.) *Pacificar violencias cotidianas*, Zaragoza, Departamento de Cultura, Gobierno de Aragón, 2003, pp. 243-272.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: *Pioneras españolas en las ciencias*. Madrid, CSIC, 2004, 2ª ed.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen: “Identidad y conflicto desde el pensamiento de Chantal Mouffe”, *Riff-Raff. Revista de Pensamiento y Cultura*, nº 27, 2ª época, 2005, pp. 179-199.
- MIEDZIAN, Myriam: *Chicos son, hombres serán. Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia*. Madrid, horas y Horas, 1995.
- MIQUEO, Consuelo: “Genealogía de los sesgos de género en la ciencia y práctica médica contemporánea”, en J. Martínez Pérez et. al. (coord.) *La medicina ante el nuevo milenio: una perspectiva histórica*, Cuenca, Universidad de Castilla la Mancha, 2004, pp. 45-66.
- Miqueo, C.; Barral, Mª J.; Fernández-Turrado, T.; Magallón, C. (Grupo Genciana) “Del análisis crítico a la autoridad femenina en la ciencia”, *Feminismo/s*, nº 1, 2003, Universidad de Alicante.
- MOUFFE, Chantal: “Por una política de la identidad nómada”, *Debate feminista*, nº 7, Vol. 14, 1996.
- SCHIEBINGER, Londa: *Nature's Body. Gender in the Making of Modern Science*. Boston, Beacon Press, 1993.
- SOUSA SANTOS, Boaventura de: *O Fórum Social Mundial: Manual de uso*, Sao Paulo, Cortez editora, 2005.
- VVAA: “De dos en dos: las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana”, *Cuadernos inacabados*, nº 38, Madrid, Horas y horas, 2000.
- WOOLF, Virginia: *Tres Guineas*, Barcelona, Lumen, 1977.